

Décadas para recuperar el pasado de la minería

11.08.08 -

S. LLAMAS| ABANTO

No son arqueólogos y su edad ronda ya lo venerable, pero los voluntarios del museo de la minería trabajan como auténticos Indiana Jones. Exploran galerías y bajan hasta yacimientos abandonados para dar con piezas que en ocasiones superan el siglo de antigüedad.

«En una ocasión sacamos unas vagonetas de una vieja galería que se derrumbó una semana después», rememora Adolfo Brazaola, uno de los tres socios fundadores junto a Carmelo Uriarte y Carlos López. Un lejano día de 1974 Carmelo le propuso un proyecto que ha ido creciendo hasta este 2008 en el que la Fundación ha iniciado la ampliación del museo con un edificio colgante que costará tres millones de euros.

«Cuando empezamos no podía imaginar que llegaríamos a tanto», reconoce Carmelo, que orgulloso muestra su última adquisición: un hacha que puede tener su origen en la edad media y que el equipo encontró en Carranza. «Creo que era de la Inquisición», bromea blandiendo el amenazante arma. Y es que el equipo lo hace todo así, con ganas y buen humor. Incluso cuando tienen que lidiar con las dificultades.

«El mayor problema son los ladrones de chatarra», señala Brazaola. A manos de estos mercenarios del metal ha visto cometer todo tipo de atrocidades. «Encontramos la máquina con la que perforaron la mina Concha II. Era la misma que se empleó en el Canal de Suez y llegamos a hacerle fotos, pero cuando volvimos la habían cortado en trozos con oxicorte para venderla», lamenta.

Esfuerzo y dolor

Su trabajo no sólo consiste en excavar buscando objetos, también en restaurarlos. Cada uno tiene una especialidad. Hay carpinteros, fundidores, pintores e incluso albañiles. Ése ha sido el último cometido de Rafael Santamaría que allanaba una parcela de terreno para una pieza que les donará en breve el Ejército: un cañón. «Para disparar a los que rellenen la mina, o mejor para los que han tenido la idea», bromea con su puro prieto entre los labios.

También los hay que realizan otras tareas, como el propio hijo de Carmelo, Aitor Uriarte. «Él trabaja en la sombra», dice su padre, orgulloso de todo lo que les ha proporcionado. Y es que Aitor consigue los permisos para que los voluntarios puedan excavar. Carmelo también le atribuye parte del mérito del actual museo, ubicado en un antiguo matadero a las afueras de Gallarta. Allí guarda sus piezas más preciadas. «Las mejores son las vagonetas y las camillas porque reflejan el esfuerzo y el dolor de todos los que trabajaron en las minas», reconoce.